



LA PERSONALIDAD HUMANA Y SACERDOTAL DE MONS. DEL AMO

FELICIANO GIL DE LAS HERAS

Había nacido D. León en Sahelices de Mallorga (Valladolid), el 11 de abril de 1905. Estudió Humanidades y Filosofía en el Seminario de Valderas (León). Para los estudios de Teología y Derecho Canónico fue enviado a Roma doctorándose en ambas disciplinas. Ya sacerdote y habiendo regresado a España, se le confió el cargo de Profesor en el Seminario de Valderas, más tarde en el de León. Durante esta época consiguió el título de Licenciado en Derecho Civil.

En el año 1940 obtuvo, por oposición, la Canonjía de Penitenciario en Málaga. Más tarde, siendo nombrado Provisor de esta Diócesis, pasó a ser Doctoral en la Catedral malagueña. También aquí fue Director y Profesor en la Escuela Normal de Magisterio y Consiliario de Acción Católica.

En 1947 fue llamado a ocupar el cargo de Defensor del vínculo en el Tribunal de la Rota Española que acababa de ser instaurado. Pronto pasó a ser Auditor-Juez del mismo Tribunal donde llegó a jubilarse con el cargo de Decano.

Conocí a D. León, en la intimidad de una amistad sincera, durante los diez últimos años de su vida. Yo entraba en el Tribunal de la Rota con el cargo de Promotor de justicia. La fama de sus escritos y de sus sentencias que iba publicando me lo presentaban como un gran maestro de quien tanto tenía que aprender.

En el trato diario de nuestros paseos fui descubriendo tantas facetas que permanecían un tanto veladas en los actos oficiales del Tribunal. Su rica personalidad humana me cautivó de modo especial. Lo primero que hacía con el sacerdote joven que entraba en el Tribunal era ayudarle, ponía en sus manos los ejemplares de todas sus publicaciones y le ofrecía cuantos libros formaban su biblioteca personal.

Se interesaba por sus problemas aun los más insignificantes y trataba de ayudar a resolverlos. Pronto se daba uno cuenta de que estaba ante el amigo verdadero, sincero y desinteresado.

Estos sentimientos de una rica personalidad humana se manifestaban en su delicadeza para llevar cuenta del cumpleaños de sus amigos y compañeros no faltando nunca su felicitación cariñosa. Con sus colegas jubilados o enfermos mantenía frecuentes relaciones visitándoles o interesándose por su salud, esperando a la puerta del quirófano para recibir las primeras noticias del colega que había sido intervenido. Esta misma personalidad pudimos apreciar en los paseos diarios cuando se encontraba con la gente sencilla, generalmente eran jubilados, iniciando con ellos conversación afectuosa como sacerdote y amigo, interesándose por sus problemas y achaques. Hoy, cuando me ven estos ancianos sin ir acompañado de aquel sacerdote que siempre tenía una palabra de cariño, me preguntan con timidez y saltan lágrimas a sus ojos. Era ya el amigo de ellos.

Nunca podremos olvidar su sencillez y humildad cuando descendía a consultar cuestiones jurídicas con quienes tenían conocimientos muy inferiores a los de él. Escuchaba con gran atención la respuesta y manifestaba su agradecimiento.

Pude apreciar que vivió intensamente su sacerdocio. Su Misa era fervorosa. Todos los días hacía un brevísimo comentario a la palabra de Dios. Nunca se acercaba al altar sin tener unos minutos de preparación y nunca se alejó del mismo sin tener un rato de acción de gracias. Consideraba el retiro mensual como algo muy importante para conservar su vida espiritual siempre fresca. Había comprado las dos ediciones del Breviario recientes: la latina y la española. Alternaba el rezo cada año en una de estas ediciones. No quería perder lo que en toda su vida sacerdotal había encontrado en la edición latina y quería aprovechar los grandes aciertos de la versión española. Todos los días llevaba a sus paseos diarios un tema del Breviario para comentar con el amigo.

Sentía gran respeto para con el sacerdote y un amor fraternal hacia él se apreciaba ya en los primeros momentos de la conversación. Esto le llevaba a atenderles en todo. Por eso, aun cuando tenía muy restringidas las visitas para dedicarse plenamente al estudio, cuando era un sacerdote quien llamaba a su puerta, estaba siempre dispuesto a ayudarle dejando todo lo que sobre la mesa le llamaba con pasión. Eran muy frecuentes las consultas de sacerdotes que se dirigían a él y a todos ayudaba sacerdotalmente. Disfrutaba en reuniones con sacerdotes, sentía gran comprensión hacia ellos, los animaba y estimulaba. En los Congresos de Derecho Canónico causaba admiración su senci-

llez escuchando las ponencias sobre temas que él tenía muy bien estudiados. Con todo, felicitaba efusivamente y con sinceridad.

Su personalidad como juez eclesiástico es digna de especial consideración. La integridad sacerdotal, que resplandeció en su vida, tuvo una proyección concreta en su trabajo como juez eclesiástico. Cuantos se relacionaron con él en este campo son testigos singulares de esta integridad que tantas veces admiraron. Consideró la justicia como misión sacerdotal y a ella se entregó con su ya conocida generosidad, con el rigor de la imparcialidad que tanto le caracterizó, en busca siempre de la verdad. Para él servir a la justicia era servir a la verdad. El «verum et iustum» fue la línea en su actividad judicial. En mantener limpia esta misión puso el mismo empeño que en conservar íntegro su sacerdocio. Admiraba a los jueces que se habían distinguido por su equilibrio, su conducta intachable, su amor a la justicia incontaminada. Sufría cuando veía que la justicia era lastimada y sus reacciones eran las lógicas de quien «vivía» intensamente la justicia como su segundo sacerdocio.

Por eso, sus sentencias no eran improvisaciones. Me consta del tiempo que dedicaba a las mismas. Las estudiaba profundamente en sus fundamentos jurídicos y en sus pruebas fácticas llegando a ser modelos perfectos de estudio sobre un punto jurídico y aplicación rigurosa de los hechos a aquellos principios. Hoy admiramos sus sentencias. Son el fruto de estudio prolongado, de meditación y reflexión vivida. Puedo asegurar que «vivía» las sentencias que tenía que dar. Y eran firmes por las razones en que las fundaba.

Conservó el equilibrio sin ceder al «permisivismo» censurado por los últimos Pontífices. Escribió contra estas desviaciones pensando en conciencia que debía hacerlo. Su intención fue siempre la de ayudar a los que se dedicaban a la administración de la justicia.

